

LA MIRADA

Enrique IRISO LERGA
m.pascua3@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Baltasar Gracián comenta en *El Criticón*: “*Va gran diferencia entre el ver y el mirar*”. Sabemos el aforismo clásico: “*Somos lo que miramos*”. La mirada tiene poder, el “*forza del vedere*” del Renacimiento italiano, que surge del temblor ante la contemplación de la belleza. La búsqueda de la belleza es el principal objetivo del arte. Por tanto, educar la mirada es descubrir la belleza, la verdad, el orden, la bondad. El verbo teorizar proviene etimológicamente del vocablo griego *theorein*, que se puede traducir por mirar, contemplar. A mi parecer teoría es la búsqueda de la verdad. Entremos en materia. Me parece que observar es más difícil que pensar, describir más complicado que opinar. Hay diferencia entre el ver y el mirar, contemplar u observar. La reflexión proviene del ejercicio de ver, mirar, observar o contemplar. Ver es abrir los ojos, contemplar abrir el espíritu y poner a prueba el intelecto. *Lo esencial es invisible para los ojos, porque sólo se ve bien con el corazón*. Todo lo que se mira con intensidad se hace interesante. Hay que ver con los ojos, pero más con el entendimiento para comprender lo visto: “*Poco importa ver mucho con los ojos si con el entendimiento nada*”. Guy de Maupassant no reflexiona sobre las diferencias etimológicas entre ver y mirar, pero nos aconseja sabiamente: “*Hay que mirar mucho. Ver: ahí está todo, y ver certeramente*”. Para la mirada contemplativa ninguna realidad es profana. El contemplativo ve la realidad con ojos perfectos y ojos abiertos como se lee en la Biblia: “*Balaán, tendiendo la vista, divisó Israel acampado por tribus. El espíritu de Dios vino sobre él y entonó sus versos: Oráculo de Balaán, hijo de Beor, oráculo del hombre de ojos perfectos; oráculo del que escucha palabras de Dios, que contempla visiones del Poderoso, que cae y se le abren los ojos: ¡Qué bellas tus tiendas y tus moradas...*” (Núm 24, 2-5). Contemplar no es idealizar ni dar un barniz personal. El filósofo Nietzsche sostiene que no existen realidades o hechos objetivos, sino las interpretaciones que de éstos ofrecen los seres humanos. Por experiencia sabemos que desde un mismo punto de observación se pueden ver paisajes diferentes según la altura relativa, orientación y encuadre de nuestra mirada. Las palabras de Miguel de Unamuno motivan al espectador a educar la mirada: “*Los paisajes están en gran parte por descubrir por falta de observaciones sabias y artísticas que los revelan o refinan a nuestros ojos, porque es indudable que mucho de la belleza de un paisaje está en los ojos que lo miran y los educados a mirarlo sacarán mayor provecho sustancial*”.

Los griegos fundían en el ser humano dos naturalezas: la sustancia terrosa (*homo*) y su vocación de

altura (*anthropos*), su humilde pequeñez y su humilde grandeza, su deseo de dominar la tierra y su extraña nostalgia del cielo. *Anthropos* es el que mira al cielo, el que reflexiona sobre lo que ve, el indagador, el que tiende hacia arriba, el que siente un impulso hacia arriba, el que vuelve sus ojos al cielo, el que busca un sentido a la vida, el que con inquietud y esfuerzo consigue los fines propuestos (P. Olalla). Esta imagen del ser humano contemplando el cielo manifiesta la necesidad de creer en un dios, al que al parecer cuesta comprender.

1 - EN EL MUSEO

¿Qué es un museo? Para mí una voz que habla al espíritu, un lugar en el que se puede soñar sin esfuerzo, ya que el hombre y la mujer están hechos de sueños (Shakespeare). Pero un museo es mucho más que esto: el lugar sagrado de las musas, deidades protectoras de las artes. Contiene el alma del pasado. Configura un espacio ordenado para pensar en silencio el mensaje que las obras artísticas quieren transmitirnos. Además configura el espacio



ideal para imaginar, que es el secreto del futuro. El museo conmueve a las miradas humanas, porque el arte es belleza universal.

Cuando visitamos un museo, ¡el museo del Prado, Dios mío!, se produce un curioso intercambio, un encuentro amistoso a puerta cerrada, que nos convoca al descubrimiento o al hallazgo. María Zambrano en una visita al Prado escribió: "Yo vengo aquí porque no veo, me doy cuenta de que no sé ver, de que de verdad pocas veces he visto". Observar la relevancia de una obra artística es emprender un viaje lleno de posibilidades y así adentrarnos en los entramados históricos, sociales, políticos y culturales de las distintas épocas. El pintor, por ejemplo, observa su entorno, mira la historia del arte anterior y lo transforma en arte. El artista tiene una visión distinta del medio natural, de las herencias de la historia, del juego de las fuerzas económicas, del progreso tecnológico, de la capacidad creadora, de las formas de vivir y de ser. Battista Alberti afirma en su tratado *De Pictura* (1436) que "la relevancia de un cuadro se mide por su historia". El ojo del pintor es la ventana del alma, expresó Leonardo da Vinci. El arte exige contemplar la obra detenida y certeramente, porque es capaz de inspirar y transmitir sentido y emoción. Los cuadros pictóricos despiden simbolismos disfrazados (Panofsky). Hablan y el espectador intenta escuchar sin prisas el recado. Solicitan finamente hacer una pausa, establecer un tiempo de visión ocular. Cada visitante se deja afectar por la belleza. Arroja emociones. Es frecuente que las personas que se encuentran a mi alrededor reciban percepciones distintas a las mías. Es sabido el adagio latino "Aliis alia placent", es decir, "a cada cual le agradan diferentes cosas". Conviene antes de visitar un museo prepararse con la ayuda de los libros, para que miremos, a ser posible con nuestros propios ojos y no con los ojos de los maestros. Cuánto más preparación almacenemos en nuestra mente, más gratificante resultará la visita, porque toda orientación y preparación previa ayuda a gustar del arte. En las salas museísticas dediquemos tiempo a fijarnos en el detalle, en la forma, en la expresión, en la línea, en la textura, en el volumen, en la perspectiva, en el movimiento, en el color, en la luz... Es recomendable sentarse delante de la obra artística e interrogarse acerca del cuadro con la finalidad de asimilar e interiorizar los mensajes. Hay que caminar al paso de nuestra mirada. Y entonces, se gusta del arte, porque sí se sabe mirar, se sabe interpretar. Ensalzo esta metodología, porque considero que no existen realidades o hechos objetivos, sino interpretaciones humanas.

Las pasiones que inspiran las obras de los artistas afamados están más allá de las preocupaciones y de las polémicas de los críticos, más allá de la moda, más allá de las ideologías. Para las mujeres y hombres sensibles, y sobre todo para nosotros, los artistas acreditados no son buenos o malos, sino señales o estelas que dejaron a su paso por este mundo. Almas interesadas en decir cosas infinitas que no pueden proclamar, que no se dirán jamás. El artista que firma algo imborrable queda borrado su nombre y su identidad por ello. En el canto IX de la *Odisea* se dice, como réplica a Polifemo, "mi nombre es Nadie".

A través del arte podemos mirar lo que somos, lo que el ser humano ha sido siempre y lo que será. El arte ayuda a reconocerse en lo esencial de nosotros mismos. Os invito, pues, a pensar, a reflexionar lo que las imágenes quieren transmitirnos. Es simplemente estar tú sólo, en silencio, y pensar mirando. Es un acto inolvidable. No es saludable minusvalorarse. Para amar el arte no hace falta ser erudito. Por eso y por otras causas, los museos despiertan sentimientos adormecidos por la rutina angustiosa de la vida cotidiana. En mis visitas a los museos trato de observar el mundo artístico sin preocuparme por tomar notas de lo percibido. Siempre he deseado que mis sentidos se empaparan de arte. Al regresar a casa merece la pena recordar en silencio los rasgos esenciales de lo contemplado. Confío en el recuerdo decantado y depurado de la realidad vista.

2 - SOBRE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO

En la Edad Media se decía el adagio escolástico "de gustibus et coloribus non est disputandum", es decir, no hay que discutir sobre gustos y colores o "de cuestionis et coloribus non est disputandum", no hay necesidad de discutir la pregunta y los colores o sobre gustos no se disputa. No olvidemos la crítica del juicio de Immanuel Kant por demostrar que lo subjetivo del gusto no es equivalente a algo arbitrario e indiscriminado como se puede deducir de a cada cual le agradan diferentes cosas. Después leí la Teoría estética de Theodor Adorno y dudé de los cánones. En otras épocas históricas se tenía claro el sentido de belleza. Ahora parece que el canon clásico ha entrado en crisis. El canon, palabra que proviene del griego *ΧΑΝΩΝ*, es un concepto que institucionaliza, que fija normas en un contexto cultural, que se extienden a las conductas y acciones.

Nadie discute que el arte debe estar al alcance de todos. En nuestro mundo parece que se va reduciendo la capacidad de juicio. Todo parece válido. Cuesta reconocer a los maestros. Se ha perdido la fe en el pasado, en la continuidad. No se sabe ser eslabón hacia otra cosa. Los valores naufragan a cada paso. Predominan los valores impuestos por los medios de comunicación y la moda: "Da igual que practiquemos el mal: estamos salvados; da igual que practiquemos el bien: estamos perdidos". A partir del siglo XVII se produce un cambio completo de paradigma. Se sustituye la totalidad del cosmos por el nacimiento de la subjetividad moderna. Primer momento de fascinación del propio yo. El hombre parece que descubre su dignidad de forma incondicional. Se exalta la juventud, la sensibilidad, la pasión, la amargura, la ruptura... Se disocia lo ético de lo estético. Vienen las vanguardias, la transgresión, el nihilismo. Este modelo no se hubiera entendido en Grecia y Roma, y mucho menos en la Edad Media. En aquellas culturas existía para el arte el canon: proporciones perfectas o ideales del cuerpo humano, relaciones armónicas entre las distintas partes de una figura... Se establecían normas. Sirva de ejemplo, en el Siglo de Oro, el sanluqueño Francisco Pacheco, suegro del inmortal Velázquez, que estableció el canon,



el cómo había que representar la iconografía religiosa y profana: la belleza, el orden y el decente atavío. Estaba preocupado el maestro por el decoro, siguiendo la máxima de "Las imágenes son predicadores mudos, historia y escritura para los que ignoran y libros populares". Toda la fuerza del decoro consiste en no escandalizar ni desagradar. Para ello establece unos parámetros que han de seguirse rigurosamente. Se toman como modelos cuadros antiguos. Se trata, pues, de una imitación de otra imitación. Cuando le preguntaban al genial Pablo Picasso, si se había inspirado en los grandes pintores de la antigüedad, respondía: "yo no invento nada, yo copio".

3- FOTOS ANTIGUAS

Las fotografías antiguas se miran y se leen en blanco y negro, sin retoques ni filtros. Son imágenes descarnadas, realistas, figurativas, intensas, verídicas, que reflejan realidades inmediatas y sentimientos compartidos. Tienen más poder que la palabra escrita. Las imágenes transmiten rápidamente el aviso, incluso superando al texto escrito. Tienen la gracia de la seducción, por la que surgen en el lector en otro mundo, captando su atención con cierto asombro (Siegfried Kracauer). Las personas fotografiadas nos miran desde otro lado. Desean contar sus vidas. Observando estos retratos, palabra derivada del verbo latino retrabere, se regresa a otro mundo, a revivir momentos tal como pudieron ser. Junto a esta lectura del celuloide aparece la imaginación: Qué nos quieren decir nuestros ancestros, qué piensan, qué ocultan esos rostros, qué podemos descifrar en sus ojos, en sus sonrisas y tristezas. Las fotos o retratos antiguos de nuestras casas, conservados en álbumes, iluminan aquello que no vemos. Empujan a interesarse por lo desconocido. Cada gesto de nuestros familiares tiene un mensaje, que invita a emprender una búsqueda. Son escenas de cine mudo para indagar el pasado.

La fotografía me enfrenta constantemente a un misterio, nunca a una certeza. Hace presente lo ausente y visible lo invisible. Este rapto instantáneo de fragmentos de la realidad, que así se define a la foto-

grafía, me hace reflexionar, al modo de los pensadores griegos, con la mirada emocional, puesta en los objetos, paisajes o gentes. Retratos intensos como las personas, que me hacen revivir los acontecimientos históricos del pasado, de los momentos ocurridos. Las fotos dejan huella. Trato de revivir con la observación meditativa, lo que pensaban aquellas gentes. Me identifico con los individuos de un tiempo determinado, residentes largos años en el mismo lugar. Tenían la exigencia de aprender de los mayores. Noto en sus rostros y expresiones los esfuerzos por sobrevivir, las preocupaciones, vivencias, deseos, aspiraciones, los estados de ánimo... Ningún reproche para los que supieron vivir, trabajando día y noche en una economía de subsistencia. Poseían certezas de largos años de historia, que los mayores les habían enseñado y ellos habían aprendido. Sabían de dónde venían. Respetaban prudentemente los logros de sus antepasados, responsabilizándose de alcanzar metas factibles y de esta guisa evitar que las cosas malas se llevaran también las cosas buenas. Transmitían a otros sus usos y costumbres, no para permanecer en ellos sino para avanzar, integrando a las generaciones de antaño con las actuales. Al visionar las arcaicas fotografías no olvido que en ellas se encuentra un viejo y lejano manantial, que nos identifica también a nosotros. ¿Somos diferentes a ellos? Creo que compartimos sentimientos, aunque no lo parezca. Las fotos me ayudan a conocer el apego de estos hombres y mujeres a su pueblo, ciudad, casa o linaje. Es bueno educar al personal, para que respete lo que sus antepasados fueron o hicieron, de lo contrario parece que los queremos abandonar. Sin ellos surge una vacía improvisación, porque la ausencia de historia trae consigo una grave ausencia de respuestas.

4 - PAMPLONA EN MI MIRADA

En Pamplona mis ojos. Cada pamplonés tiene una o varias "pamplonas" dentro. Naturaleza y arquitectura fundamentan la ciudad. Forman un matrimonio bien avenido entre lo producido por el ser humano y lo dispuesto por Dios. Pamplona posee una identidad sutil. No es fácil captarla. Prefiero, por tanto, dar tes-



timonio de lo que contemplo. Desde la percepción miro a la ciudad con los ojos del geógrafo que llevo dentro, y me fijo en la esencia de las cosas mismas. Observo el continuum urbano: la Civitas romana, los Burgos medievales, los Ensanches modernos, los nuevos barrios, los ejes de acceso... Veo que la estética urbana está mezclada con el pensamiento, la política, la tecnología, las formas sociales y los ideales plásticos. La ciudad está hecha de estratos superpuestos de las distintas épocas. Es famosa la frase de Proust: "Las casas, los caminos, los paseos, desgraciadamente, son tan fugitivos como los años". Mi memoria permanece anclada en los estratos urbanos más frecuentados por mí a lo largo de mi existencia. Y los lugares más recordados pertenecen a los de mi infancia, a los de mi primera mirada.

Pamplona es una ciudad inaprensible. No conozco otra urbe donde la vida tenga tanto sabor. Ciudad secular, levítica, vetusta, gloriosa. Las calles tienen alma en sus títulos, que poseen el privilegio, rancio y aristocrático de los rótulos castizos, de los personajes célebres. ¿Qué ideales, dolores, alegrías, nos indican estos letreros? ¿Qué mundo de sensaciones tan hondas, tan grandes simbolizan estos nombres? En mi paseo cotidiano, al volver una esquina, aparece la Catedral, el Ayuntamiento, la Plaza del Castillo, la calle Carlos III, la Ciudadela ... Me detengo atraído por una fuerza desconocida. Luego prosigo la marcha, entristecido. Sé pocas cosas de las fuentes, palacios, iglesias, bares, comercios, murallas, barrios, ensanches... Veo piedras, plazas solitarias, zonas verdes, calles llenas de vida, garajes, sótanos, rincones... las llamadas cosas urbanas en las que se reconoce

la vitalidad de la ciudad. Es el viejo paseo de siempre, desde el que se descubre un mirador por encima de las murallas y un panorama noble, de huertas, de barrios nuevos, de polígonos fabriles, del territorio que forma el área metropolitana. Los montes y sierras de la periferia delimitan la cuenca. Las tierras sembradizas dan color al paisaje. Las antiguas aldeas y cendeas han crecido en población desafiadamente. El cielo como espejo de la tierra fértil termina de configurar un paisaje que emociona. En la ribera deleitosa del sacro Runa existe una vega urbanizada: ¡Oh Arga, te vi en Urquiaga nacer y en Funes morir! Me dice D. J. M. Lacarra, el sabio historiador medievalista, que los dos Burgos y la Cité se hallaban separados por muros y fosos, y que sus vecinos recelaban unos de otros. A lo largo de la historia la violencia ha sacudido el tejido urbano y humillado a los ciudadanos. Las riñas y litigios eran frecuentísimos: 1212, 1220, 1274, 1340, 1346... El príncipe de Viana relata el enfrentamiento entre el Burgo Viejo y La Población en su Crónica de los Reyes de Navarra: "(...) por que un dia los del Burgo de Sant Cernin, con grant poder de gentes, salieron é quemaron la dicha Poblacion; é por quanto los habitantes de la dicha Poblacion se retrajeron á la iglesia de Sant Nicolás, los del dicho Burgo, como más poderosos, tomaronlos por fuerza, é quemaron la dicha iglesia é mataron mucha gente, que en la dicha iglesia estaba, especialment perecieron unas doncellas, que era grant compasión sentir tanto daño en tan delicadas é hermosas creaturas". G. de Anelier nos comenta poéticamente la Guerra de la Navarrería: "Alanceando a los hombres,atropellando a las mujeres,apoderándose de cuanto encontraron y robando cuanto pudieron. Nunca se vió a ningún hombre vengarse tan bien".

La ciudad es el faro que orienta a la naturaleza y a la sociedad. Es la luz que necesita el homo y el humus para convivir. Evoca sensaciones visuales, acústicas, olfativas, gustativas y táctiles. Estas sensaciones contactan con el mundo exterior. Hay que ver lo instantáneo, la atmósfera de las cosas, la luz esparcida por todas partes. Hay que dejarse caer por plazas, calles, callejuelas, iglesias, colegios, jardines, monumentos, paseos de ronda, huertas, puentes sobre el río Runa, o por la catedral de Santa María para maravillarse con el impacto de la luz y la sombra sobre los paisajes naturales y humanizados. El ansia por sentir esos pequeños momentos del día que pasan fugaces ante nosotros, sensaciones que podemos capturarlas, es el objetivo final de mis observaciones oculares, de mis miradas. Oigo los múltiples sonidos artificiales y mecánicos a diferencia de los naturales campestres: marchas procesionales, ceremonias, solemnidades, canciones de taberna, fastos coloristas de la fiesta urbana. Olfateo desde los bálsamos hasta los vahos endémicos de la suciedad. Palpo las obras de arte de este museo que ha detenido el tiempo. Me siento como en casa saludando a los pamploneses, personas fantásticas, divertidas, avispadadas...

El tiempo histórico ha envejecido a Pamplona, pero no la ha derrumbado. Pamplona ha crecido. Se ha

La mirada



fortalecido. Ha continuado siendo un producto natural de la geografía, de la arquitectura, de la economía, como otras ciudades del entorno. Pamplona es limpia, aireada, sana, eterna, industrial, universitaria, festiva, cultural... Su ubicación y su valor estratégico, atraen a los poderes fácticos. La geografía ha hecho historia. Descubrir y descifrar los nombres topónimos, que recuerdan muchas cosas de la ciudad buena, de Iruña, es tarea del observador. Pamplona, ciudad de Pompeyo, está llena de rumores del pasado, de lugares singulares e identitarios, destruidos o rehabilitados... El análisis de los nombres toponímicos proporciona indicaciones valiosas para un conocimiento más detallado de los hechos físicos o humanos, actuales o pasados: topográficos, litológicos, hidrológicos, geobotánicos, actividades agrícolas, ganaderas, artesanales, históricas, religiosas, económicas, urbanas... Aldapa: cuesta; Aranzadi: espinal; Argaray: sobre peñas; Arrosadía: rosaleda; Azpilagaña: alto de Aizpitzte; Beloso: acantilado; Berichitos: vado pequeño; Biurdana: meandro; Buztintxuri: arcilla blanca; Costalapea: debajo de la Costera; Cruz Blanca; Cruz de Barcacio: Cruz del perdón; Echava-

coiz : casa sola; Elorz: espinal; Erletoquieta o Abejeras : lugar de colmenas; Ermitagaña: alto de la ermita; Errotazar: molino viejo; Euncechiquia: caña pequeña; Ezcaba: debajo de la peña; Goroabe: debajo del alto; Irubide : tres caminos; Irunlarrea : prado de Iruña; Iturrama: la madre de la fuente; Iturrondo: junto a la fuente; Kosterapea: debajo de la cuesta; Landaben: vega baja; Larrabide : camino del prado; Larraina : era, campo para trillar; Lezkairu: lezcal; Lindatxikia : calle pequeña; Mañueta: lugar de baños; Mendebaldea: el oeste; Mendillorri: monte de espinos; Miluce: hinojal; Morea: laguna; Mugazuri: muga; Navarrería: pueblo de los navarros; Ripalda: hacia la cuesta; Rochapea: bajo la roca; Sadar: encajonado; Sanducelay: prado del santo; Santa Engracia: convento o monasterio de; Santa Lucía o Ezpondandi: talud grande; Sario: lugar donde se deja el ganado; Solchate: borda; Taconera: fuera de ... El nombre actual de San Cernin viene directamente del francés Saint Sernain, forma apocopada a su vez de Saint Saturnain, San Saturnino , nombre oficial. Al final de la muralla, encima de la Ripa (orilla del río en latín) donde se encuentra actualmente el Museo de Navarra, al decir del Dr. Arazuri, se encontraba un enorme torreón conocido como la Roche (Roca) y bajo él se desarrolló un barrio extramuros conocido como Rochapea, bajo la Rocha, esta vez palabra híbrida entre el francés y el vasco. El barrio de la Chantrea se formó en las tierras del Chantre de la Catedral, el responsable antiguo del coro con nombre francés (Germán González).

CONCLUSIÓN

El ser humano tiene en su interior la capacidad de disfrutar del arte, de encontrar la belleza o la tristeza en la arquitectura, pintura, escultura, fotografía, cine, paisaje geográfico... de admirar aquello que ve y siente. Alberga la posibilidad de educar la mirada. El arte interroga, habla y amplía los sentimientos. Explica a su manera conceptos de difícil definición. No es necesario ser especialista ni erudito para admirar una obra artística. A los museos hay que asistir con cierta información. De esta manera se puede analizar la obra de arte con mayor fundamento. Se aconseja comenzar por el análisis del contexto, de la técnica y del soporte: materiales, superficie y materia. En el paso siguiente se aborda los valores formales: el dibujo (líneas, expresión formal, suavidad, detalles...), el color (gama, tono, temperatura, distribución...) y la luz (foco, tipo, intensidad, procedencia...). A continuación se estudia la representación del volumen y la perspectiva, siendo el centro de atención el espacio y la profundidad. Este proceso nos lleva observar la composición, a contemplar la disposición de los elementos de la obra de arte, al movimiento, a la distribución de las figuras, a la estructura formal... En el contenido se aborda el tema, la función, el género... 

